

Ven y sígueme...

... desde dondequiera que estés

HOJA Nº 34

NO HE VENIDO A LLAMAR A LOS JUSTOS, SINO A LOS PECADORES

EVANGELIO PARA LA SEMANA

Mt 9,9-13

En aquel tiempo, vio Jesús al pasar a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo:

-«Sígueme.» Él se levantó y lo siguió.

Y, estando en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos.

Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos:

-«¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores? »

Jesús lo oyó y dijo:

-«No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos.

Andad, aprended lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios": que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.»

HECHO DE VIDA

SE FUE A LOS POZOS, DE PLOMO, PARA HABLARLES DE DIOS

Hoy, el HECHO DE VIDA que presentamos, tiene un redactor de excepción: un periodista al que pronto veremos en los altares. Es un artículo que publicó, el ya declarado Venerable, Manuel Lozano Garrido, "Lolo", en 1956.

Va ya para tres años que una noche, a la hora de tomar el carburo para el turno, los martilleros de una mina jiennense vieron por primera vez a un extraño que, misteriosamente, se les incorporaba al equipo. De unos veinticuatro años, callado y poco remiso a los trabajos duros, algo como una expresión afinada, que le traicionaba por entre el hatillo, les hizo montar en guardia durante toda la jornada. Ante la acogida, el muchacho, modestamente, pidió instrucciones, se limitó

a trabajar, y, cuando le llegaba su suerte, prolongaba voluntariamente el turno en la perforadora. Sin embargo, su «aire» y la abstención de palabras soeces no pudieron evitar ciertas sospechas. Al cruzarse en galerías con esportillas y vagonetes, los compañeros se comunicaban las impresiones, y bien pronto surgió la hipótesis de un espionaje. Pero no; pasaron las semanas, ciertas anomalías de trabajo quedaron sin denunciar y el nuevo continuó acusando compañerismo y un sincero afán de ayudar a todos. Aconsejó, cumplió a veces el solo la mayor parte del destajo y días hubo que hizo «endoble» por alguno que estuviera en apuros. Demostrada la no peligrosidad, su trato afable y sencillo fue desmontando una por una las piezas del encono hasta llegar a una relación sincera. Sólo una barrera quedó más cerrada que nunca: la de la religiosidad que se manifestaba en toda su vida.

- *Mira, Eduardo, ya sabes que te apreciamos mucho, pero déjanos de monsergas. La religión se da en los ricos y ya conocemos sus injusticias.*

Y así continuaron los días, con la amistad de unos y la rivalidad de otros, a los que capitaneaba Andrés, un experimentadísimo barrenero.

Tiempo antes de este relato, apenas concluida su carrera jurídica, Eduardo Sierra había montado en pleno corazón de Barcelona un bufete por el que desfilaría una vasta clientela atraída por el acierto de su gestión.

Honores y éxito los dejó un día el joven abogado para llamar a las puertas del



noviciado que en Bélgica regentan los Padres Blancos. Pasaron los días, y una tarde hasta los claustros misioneros llegaron para su retiro habitual, un grupo de «Petits Frères», los miembros de esa comunidad que realiza un empeño combinado de oración y trabajo laboral. El contacto con los religiosos trabajadores puntualizó en el abogado un matiz más concreto de su vocación: la de contribuir con el propio sudor en el tajo a aminorar «el gran escándalo de la apostasía de las masas». Consultada la decisión, el Superior no hizo sino alentarle a la prueba, que empezó a cumplirse en los socavones de las minas belgas. Sin embargo, cuando el experimento entraba en su fase crítica, cierto conflicto de producción vino a crear un problema de paro que alcanzó de preferencia a los obreros extranjeros y, por tanto, al español, que recibió el despido. Entonces, Eduardo Sierra se vino a las minas de plomo de Jaén.

Se ha abusado tanto con los obreros de la palabrería sin el respaldo de la conducta, que han acabado por repudiar toda doctrina que no venga ya hecha carne en el hombre que la predica. Si Eduardo Sierra hubiera alcanzado el púlpito de primeras, hubiera malgastado su caminata desde Bélgica. Sólo cuando se le vio haciendo frente a la vida con un jornal ganado por él, se le dio, al fin, el derecho de beligerancia. Porque, como ellos, aquel sí que era uno más que inmolaba su esfuerzo en la pira del trabajo.

Naturalmente, desde entonces sus compañeros empezaron a comunicarle sus inquietudes, que le llegaban con una preocupación social traicionada por la cizaña marxista. Así, por ejemplo, Andrés, su opositor más destacado, era un hombre que creía de pies juntillas el programa social comunista.

He aquí cómo narra Andrés su conversión:

«Yo no digo que fuera milagro, porque yo no me merezco un milagro, pero lo cuento como me sucedió.... En las minas yo trabajo como pegador, o sea, el que prende fuego a los barrenos. Aquel día había ido quemando, una por una, las mechas y echaba a correr por la galería para guardarme de la explosión, cuando una gota se desprendió del techo y apagó la llama de mi carburo. A oscuras y desorientado los segundos tenían un paso trágico. Fue entonces cuando manipule con ansia el mechero y, como fuera inútil, me salió del alma este grito: “ ¡Dios mío, ayúdame!”. Y esta vez, la chispa surgió y pude ir hasta un recodo con el tiempo justo para liberarme del estallido. La onda expansiva me dejó otra vez en tinieblas, pero ya resguardado, pude dar tiempo a que me ayudaran...Fue algo providencial, pero lo más asombroso viene ahora: cuando, ya fuera, revisé el mechero vi, con espanto, ¡que tenía gastada la piedra!». (Continúa en la pág 4)

(Viene de la página 3)

La conversión de Andrés la secundaron otros mineros. Ahora todos, constituidos en grupo, estudian las características del “Mundo Mejor” * para llevar su mensaje a los hombres que laboran. Por lo pronto ya edifican la aceptación del esfuerzo y el ejemplo. Uno de ellos, que un día se vio impotente por cercenar una conversación blasfema, no tuvo más remedio que arrodillarse en la escoria con los brazos en cruz. Los otros, reaccionando, le pidieron perdón.

Todo esto lo ha podido un joven (del que, intencionadamente, he alterado el nombre) que se hizo martillero sólo por Cristo. Su secreto es el de una caridad heroica que se nutre con cinco horas diarias de oración. Su triunfo no es sino un caso más de cristianismo consecuente.

Manuel Lozano Garrido

* Un movimiento de espiritualidad, que tenía mucha fuerza por entonces, fundado por el italiano Ricardo Lombardi

SUGERENCIAS PARA LA SEMANA

1.- El amor de Jesús al pecador no banaliza el pecado, lo libera de él:

-¿Creo en el poder sanador de Jesús sobre el mal?

- El cristiano tiene esa misma misión. ¿Cómo la ejerzo?

- ¿Alguna vez has pensado que Dios no puede perdonarte? Su amor es misericordioso.

Parroquia Nuestra Señora Reina del Cielo. Madrid